

UN PRESERVATIVO CONTRA LAS NOCIONES INESTABLES Y LA FALTA DE PRINCIPIOS CON RESPECTO A LA JUSTICIA Y LA PERFECCIÓN CRISTIANA¹

Sermón No.10

Traducción, estudialapalabra.org

*“No seas demasiado justo, ni seas sabio con exceso, ¿por qué habrás de destruirte?”
Eclesiastés 7,16*

A todos los Miembros de la Santa Iglesia de Cristo.

Queridos hermanos cristianos, el gran y, de hecho, el único motivo que me impulsó a publicar este sermón, fue el deseo de brindarles seguridad contra el error, en un momento en que los desviadores y los falsos pretendientes a la verdad son tan numerosos que a los más perspicaces les resulta muy difícil evitar que uno u otro los desvíen y los lleven a una franca falsedad. No hay divisiones que corran sobre la verdad, como un punto matemático, no admitirá ni resta ni suma, y como es indivisible en su naturaleza, no hay división de la diferencia, en lo que se refiere a la verdad. La irreligión y el entusiasmo son diametralmente opuestos, y la verdadera piedad entre ambos, como el centro de una línea infinita, está a una distancia igual e infinita del uno y del otro, y por lo tanto nunca puede admitir una coalición con ninguno de los dos. El uno yerra por defecto, el otro por exceso. Pero si nos equivocamos por defecto o por exceso, es de poca importancia, si estamos igualmente equivocados, como ciertamente lo estamos en cualquier caso. Porque lo que sea menos que la verdad, no puede ser verdad, y todo lo que es más que verdadero debe ser falso.

Por lo tanto, como toda esta gran nación parece ahora más que nunca en peligro de ser precipitada hacia uno u otro de estos extremos igualmente perniciosos, la irreligión o el fanatismo, me consideré más obligado que de costumbre a despertar su, tal vez, somnolienta vigilancia, advirtiéndote de la proximidad de tu peligro, advirtiéndote que no te inclines hacia ningún lado, aunque sea solo para que te asomes al precipicio resbaladizo, e interponerse entre ti y el error, antes de que este se acerque lo suficiente como para enfrentarse a ti.

¹ Siendo una respuesta más particular a los cuatro sermones del Doctor Trapp sobre el mismo texto

El medio feliz de la verdadera piedad cristiana, en la que la misericordia de Dios ha querido establecerte, está edificado sobre una roca firme, "y las puertas del infierno nunca prevalecerán contra ella". Mientras os mantengáis firmemente erguidos en la plenitud de la fe, la falsedad y el pecado trabajarán en vano para acercarse a vosotros, mientras que, la menor familiaridad con el error, lo hará marear, y si una vez vacila en los principios, su ruina es casi inevitable.

Pero no os he advertido del peligro en que estáis por parte de los enemigos que amenazan vuestra subversión, espero que vuestra propia vigilancia sea suficiente para guardaros de cualquier sorpresa. Y de sus propios asaltos nada tenéis que temer, ya que mientras persistáis en la firme resolución, por la gracia de Dios, de mantenerlos fuera, la irreligión y el entusiasmo, la falsedad y el vicio, la impiedad y la falsa piedad, se combinarán en vano para forzar una entrada. en vuestros corazones.

Tomen, pues, mis muy amados compañeros del cuerpo místico de Cristo, tomen la amistosa advertencia que les doy en buena parte, y procuren sacar provecho de ella, atiendan enteramente a las verdades salvíficas que aquí les entrego, y persuadidos de que son pronunciado por alguien que tiene su salvación eterna tan presente como la suya propia.

"Y tú, oh Señor Jesucristo, fuente de toda verdad, de donde fluye toda sabiduría, abre el entendimiento de tu pueblo a la luz de tu verdadera fe, y toca sus corazones con tu gracia, para que ambos puedan ver, y estén dispuestos a cumplir lo que tú requieres de ellos. Aparta de nosotros toda nube de error y perversidad, protégenos igualmente de la irreligión y de las falsas pretensiones de piedad, y condúcenos perpetuamente hacia aquella perfección a la que nos has enseñado a aspirar, para que manteniéndonos aquí en una constante imitación de ti, y en una unión pacífica entre nosotros, puedas finalmente llevarnos a esa gloria eterna, que has prometido a todos los que se esfuerzan por ser perfectos, incluso como el Padre que está en el cielo es perfecto, ¡que contigo y el Espíritu Santo vive y reina un solo Dios, por los siglos de los siglos! Amén, amén.

Eclesiastés 7,16, "No seas justo en lo mucho, ni te hagas demasiado sabio, ¿por qué has de destruirte a ti mismo?"

¡Una justicia en exceso! Se puede decir: ¿Hay algún peligro de eso? ¿Es posible? ¿Podemos ser demasiado buenos? Si damos algún crédito a la palabra expresa de Dios, no podemos ser demasiado buenos, no podemos ser demasiado justos. El mandato dado por Dios a Abraham es muy fuerte, "Anda delante de mí, y sé perfecto". Lo mismo vuelve a imponer a todo Israel, en el capítulo dieciocho de Deuteronomio, "Serás perfecto y sin mancha delante de Jehová tu Dios". Y para que nadie piense excusarse de esta obligación, diciendo que cesó cuando la antigua ley fue abolida, nuestro bendito Salvador la ratificó y explicó, "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto".

De modo que hasta que nuestra perfección supere la de nuestro Padre celestial, nunca seremos demasiado buenos ni demasiado justos, y como es imposible que alguna vez lo superemos, o incluso lleguemos a él en la perfección de la bondad y la justicia, se sigue por supuesto que nunca podemos ser buenos o justos en exceso. Sin embargo, el doctor Trapp ha descubierto que podemos ser justos en exceso, y se ha esforzado no poco, con mucha agitación de espíritu, para probar que es una gran locura y debilidad, más aún, un gran pecado. "¡Oh Señor! Reprende su espíritu, y concede que esta falsa doctrina no sea publicada para su confusión en el día del juicio."

Pero si en lo que este hombre apresurado y engañado ha avanzado hubiera sido cierto, ¿podría haber alguna ocasión, sin embargo, de advertirlo en estos tiempos, "cuando el peligro (como él mismo para su confusión reconoce) está en el extremo contrario, cuando toda clase de vicios y maldades abundan en un grado casi inaudito?" Respondo por el momento que "tiene que haber herejías entre vosotros, para que se manifiesten los que son aprobados".

Sin embargo, este ministro terrenal de un nuevo evangelio, ha tomado un texto que parece favorecer su propósito travieso, de destetar a los bien dispuestos pequeños de Cristo de esa perfecta pureza de corazón y espíritu, que es necesaria para todos aquellos que quieren vivir para nuestro Señor Jesús. ¡Oh Señor, qué será de tu rebaño, cuando sus pastores los entreguen en manos del lobo rapaz! ¡Cuando un ministro de tu palabra la pervierte para trastornar tu reino, y para destruir escritura con escritura!

Salomón, en la persona de un abatido, ignorante e indolente morador (residente) le dice al hombre de justicia, "No seas justo en exceso, ni te hagas demasiado sabio, ¿por qué has de destruirte a ti mismo?" Pero, ¿debe mi enojado y ciego hermano Trapp, por lo tanto, personificar un carácter tan impropio de su función, simplemente para anular el mandato expreso del Señor para nosotros, que nos obliga a nunca dejar de buscar y tener sed de la perfecta justicia de Cristo, hasta que descansemos en él? ¡Padre, perdónalo, porque no sabe lo que dice!

¡Qué ventaja no ganaría Satanás sobre los elegidos, si prevaleciera la falsa interpretación que ese maestro ciego le dio a este texto! Sin embargo, aunque se avergüenza de no ayudar a Satanás a herir nuestro calcañar, me esforzaré por herir la cabeza de ambos, mostrando, primero, el sentido genuino del texto en cuestión. Segundo, el carácter de las personas que se supone hablan aquí, y tercero, el carácter de las personas a las que se habla. De donde resultarán naturalmente estas consecuencias.

Primero, que el Doctor se equivocó groseramente (Dios quiera que no maliciosamente) en su sermón explicativo de este texto, así como en la aplicación del mismo.

En segundo lugar, que es maestro y aprobador de máximas mundanas.

En tercer lugar, que él es, por supuesto, un enemigo de la justicia perfecta en los hombres, a través de Cristo Jesús, y, por lo tanto, no amigo de Cristo, y, por lo tanto, que nadie debe ser engañado por la falsa doctrina que presenta, para engañar a los inocentes, y engañar, si fuere posible, aun a los escogidos.

Para llegar al verdadero sentido del texto en cuestión, será necesario volver la vista atrás, al versículo anterior, donde el sabio, reflexionando sobre las vanidades de su juventud, se pone por un momento en su antiguo carácter. "Todo lo he visto en los días de mi vanidad, (y entre los demás) hay justo que perece en su justicia, y hay impío que alarga su vida en su maldad." Ahora bien, es muy claro que no está hablando aquí de un hombre que es justo sobre mucho, en la manera en que el Doctor entiende las palabras, es decir, "defectuoso y criminal por exceso". Porque por un lado lo elogia por ser un hombre justo y lleno de justicia, y sin embargo por el otro nos dice que su justicia es el acortamiento de su vida. Mientras que, si hubiera considerado que su perecer en la justicia era un exceso de justicia, nunca lo habría llamado un hombre justo.

Ni por un hombre malvado puede entenderse un hombre entregado al máximo exceso de maldad, ya que nos dice que prolonga su vida en (o por) su maldad. Quien no sabe, que el exceso de casi toda especie de vicio, es en sí mismo un acortador de la vida. De modo que toda la oposición y el contraste se encuentran entre un hombre bueno y un hombre malo. Un hombre bueno cuya bondad acorta su vida, y un hombre malo cuya iniquidad alarga su vida, o al menos no es lo suficientemente excesiva como para acortar el hilo de ella.

Salomón, absorto en estas reflexiones, habla aquí a modo de prosopopeya, no en el sentido de Salomón, el experimentado, el erudito, el sabio, sino del anterior Salomón, un joven vanidoso, lleno de amor propio y de fuertes deseos de vivir. Entonces, en la calidad de tal, mira con el mismo ojo al justo, que perece en su justicia, como miraría al malvado, que perecería en su impiedad. Porque no es la justicia de uno, ni la maldad del otro lo que le ofende, sino los grados superlativos de ambos, las cuales, tendiendo igualmente a acortar la vida, las considera igualmente opuestas al amor propio que acaricia en su interior, y, por tanto, considera un exceso de libertinaje tan gran enemigo del disfrute duradero de los placeres de la vida, como lo sería una extraordinaria rectitud. Bien entonces podría decirle a este último, en este carácter, "No seas muy malo, ni seas insensato, ¿Por qué has de morir antes de tiempo? Y al primero, "No seas justo en exceso, ni te hagas demasiado sabio, ¿Por qué has de destruirte a ti mismo?"

¿Qué maravilla entonces, que una juventud vivaz y sensata, pero llevada por el amor propio a ser aficionada a los placeres y goces de la vida, cuando se alcanza sin prisa y se posee sin riesgo, qué maravilla, digo, que tal joven conciba una aversión igual a los grados superlativos de la virtud y el vicio, y, por lo tanto, aconseje a aquellos de sus compañeros que caen en el exceso del libertinaje, que se abstengan de él, ya que tiende tienden a obstruir sus entendimientos, atontar sus sentidos y acarrear sobre sus constituciones una serie de enfermedades que no pueden sino debilitar su vigor natural y acortar sus días? "No seas demasiado malvado, ni seas insensato, ¿por qué has de morir antes de tiempo?" ¡Qué maravilla, que el mismo amor propio lo impulse a disuadir a aquellos de sus amigos o conocidos, como él desea tener como compañeros y semblantes de sus actividades mundanas, de buscar la rectitud y la sabiduría a un grado que debe destruir en todos ellos gusto de los placeres terrenales, y posiblemente puede perjudicar sus constituciones, y adelantar su final? "No seas justo en exceso, ni te hagas demasiado sabio, ¿Por qué has de destruirte a ti mismo?"

Este es el sentido en el que Salomón (colocándose en el estado de vanidad de su juventud) habla a unos y a otros, a los justos y a los impíos. Este es el verdadero y genuino sentido de la letra, y todos los demás sentidos que se le atribuyen son falsos e infundados, y se torcieron más para pervertir que para explicar la verdad del texto. Oh sencillez cristiana, ¿adónde has huido? ¿Por qué el clero no dice la verdad? ¿Y por qué este falso profeta debe permitir que tu pueblo, oh Señor, crea una mentira? Han retenido la verdad en la injusticia. Levanta, te lo suplico, oh Señor, algunos pastores verdaderos, que puedan familiarizarlos con la naturaleza y la necesidad de la justicia perfecta, y guiarlos a ese amor de la perfección cristiana que el Doctor Trapp, de mente colérica y amante de los placeres, se esfuerza por lograr desviarlos, enseñando, que "todos los cristianos deben tener que ver con algunas vanidades".

¿No es el significado de este texto claro para la capacidad más débil? Te lo he dado aquí, como lo tengo de la boca del mismo predicador real. No me he valido de ninguna "filosofía y vanas sutilezas según las tradiciones de los hombres, según los rudimentos del mundo, y no según Cristo", para imponeros un sentido carnal, por el sentido de la palabra de Dios. No, les he dado una exposición natural obvia desde las mismas palabras. Por lo tanto, pueden ver, mis compañeros de lucha en la justicia, cuán gravemente equivocado está nuestro airado adversario en su explicación de este texto. ¡Caballero! Ábrele los ojos y toca su corazón, y conviértelo, y a todos esos ministros descarriados, que han visto cosas vanas y necias para tu pueblo, y no han descubierto su iniquidad, para volver tu cautiverio. ¡Porque se han extraviado por el vino, y por la sidra se han extraviado! El sacerdote y el profeta erraron con la sidra, fueron absorbidos por el vino, se desviaron del camino con la sidra, erraron en la visión, tropezaron en el juicio.

Está claro por las palabras del texto, que el Predicador real estaba hablando en la persona de un mundano vanidoso, cuando dijo, "No seas justo en exceso", por lo cual quiso exhortar a los verdaderamente justos a no desmayarse, aterrorizarse o perturbarse de su constante búsqueda de una mayor perfección de la justicia, hasta que descansen en Cristo, a pesar de la burla, la persuasión carnal, el maltrato y la persecución de los hombres mundanos, Quienes, un día, arrepintiéndose y gimiendo por la angustia de espíritu, dirán dentro de sí mismos, "Estos eran los que alguna vez tuvimos en burla, y con un proverbio de reproche. Nosotros, los necios, consideramos sus vidas locura, y su fin de ser sin honor". ¡Cómo son contados entre los hijos de Dios, y su suerte está entre los santos!"

Cuán ciega es entonces la aplicación (por no decir perversa) que este clérigo sabio de sí mismo hace del texto, a los que, siguiendo el consejo del apóstol (Colosenses 3,2) "ponen sus afectos en las cosas de arriba, no en las cosas de la tierra." ¿Debe la precipitación en la ira obtener lo mejor del sentido y la verdad? ¿Debe la gente ser engañada porque el pastor no puede o no quiere ver? ¿O debe el mandato de Cristo, "Sed perfectos, como vuestro Padre, que está en los cielos, es perfecto" dar lugar a la máxima del pagano Tulio?, El mayor reproche para un filósofo es refutar su doctrina con su práctica, si este es el caso, ¡ay!, ¡qué condición deplorable, indeciblemente deplorable es la de algunos cristianos! Por tanto, "así dice el Señor acerca de los profetas que hacen errar a su pueblo, que muerden con los dientes y claman paz, y al que no les pone en la boca, aun preparan guerra contra él, por tanto, la noche os será para que no tengáis visión, y os será oscuro para que no adivinéis, y el sol se pondrá sobre los profetas, y el día se oscurecerá sobre ellos.

¡Pero dejaré a estos amantes de las tinieblas y me volveré a ti, oh amado, elegido de Dios! Os ruego, por las entrañas de Cristo, que no os dejéis engañar por las palabras halagadoras y calmantes de los discursos del pecado "No seáis de ese pueblo rebelde, hijos mentirosos, hijos que no oyen la ley del Señor, que dicen a los videntes no veáis, y a los profetas no nos profeticéis cosas rectas, habladnos cosas suaves, profetizad engaños". No sigáis a los que os halagan en las vanidades que ellos mismos practican. Oh, que nunca seas del número de aquellos, en la persona de los cuales Salomón dice aquí, "No seas justo en exceso", porque su carácter es el carácter de la bestia.

El carácter de las personas, que se supone que hablan aquí en el texto, es en una palabra el mismo carácter de aquellos a quienes Salomón aquí personifica, quienes, como ya se mostró, son un grupo de hombres vanos, ni lo suficientemente justos para tener un deseo habitual de mejorar la virtud hasta su perfección, ni tan flagrantes [pecaminosos, ilegales, malvados] como para caer en vicios autodestructivos, en una palabra, son amantes de sí mismos, el único fin de cuyas actividades, ya sea indiferente, malo o loable en sí mismo, es el goce de uno mismo.

En tanto que miran la virtud y el vicio, la rectitud y la maldad, con el mismo ojo, y su afición a ambos es semejante, ya que sus diferentes grados parecen ser los medios para aumentar y prolongar el goce del placer, o para disminuir y acortar esos placeres. Así, cualquier virtud, mientras se mantenga dentro de los límites que la hagan subordinada a los grados placenteros del vicio, no encontrará oposición por parte de ellos, por el contrario, incluso lo elogiarán. Pero en el momento en que se convierte en una restricción al vicio con moderación (si se me permite usar términos adecuados a su sistema), desde ese momento ofende, y lo ponen en su advertencia, "No seas justo en exceso". Del mismo modo, el vicio, mientras se limita a ciertos límites, que mejoran los placeres que los obstaculizan, es para ellos un bien deseable, pero tan pronto como se lanza a una profundidad suficiente para ahogar y disminuir el sabor de esos placeres, le declaran la guerra abierta, "No seáis demasiado malvados." Y la razón que dan para su oposición en ambos casos, es la misma, "¿Por qué has de destruirte a ti mismo? ¿Por qué has de morir antes de tiempo? Tal es la prudencia del mundo, de la carne y del diablo.

Tales son las máximas de estos refinados libertinos, tanto más peligrosas como menos evidentes, tanto más insinuantes cuanto que están alejadas de ciertas extravagancias capaces de escandalizar a todo hombre que tenga el menor sentido y delicadeza. ¡Oh Señor, cuán cierto es que los hijos de las tinieblas son más sabios en su generación que los hijos de la luz!

No debéis, pues, amados en el Señor, imaginaros que vuestra mayor oposición, en la lucha por la justicia perfecta, provendrá de los libertinos, de hombres cuyos vicios enormes les causan horror incluso a ellos mismos, no, vuestros enemigos más peligrosos, más formidables, son la clase de hombres que os he descrito, que hacen deleitable el vicio con una mezcla de aparente virtud, y visten la maldad con ropajes de justicia, "Guardaos de ellos, porque vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces".

Esta generación perversa los atraparán en la impiedad, al oponerse aparentemente al vicio, y les permitirá tomar las apariencias de virtud y justicia como un emético, solo para vomitar la realidad de ellas. Pintan de negro lo blanco y el blanco lo convierten en negro. No contentos con parecer lo que no son, trabajan para hacerte lo que son. La justicia y la maldad se entrelazan en un tejido astuto, capaz de engañar a los mismos elegidos, y difícil de desenredar para los más perspicaces entre ellos, como la limosna y la avaricia, el orgullo y la humildad, la templanza y el lujo, se mezclan con destreza, mientras que, como frenos mutuos entre sí, se combinan para detener la marea de impedimentos al disfrute mundano, que podría fluir en grados extraordinarios de uno u otro lado. Así, "Dar limosna (se te dice) es muy excelente", y crees la proposición, sin saber el sentido particular en que se dice, a saber, que dar limosna es un excelente freno a la avaricia, al preservar a un hombre rico de un amor tan superlativo por el dinero que le priva del disfrute propio de éste.

Y sobre la base de esta creencia, el hombre de mente mundana, que se esfuerza por engañarlos, gana suficiente crédito con ustedes para establecer esta máxima, que todos los grados superlativos de dar limosna son grandes pecados, y que un hombre nunca debe vender todo lo que tiene y dárselo a los pobres, porque algunos pueden tener sus propias familias, y deben proveer suficiente para ellos, según el proverbio, "La caridad comienza en casa", cuando nadie, al menos casi nadie, es lo suficientemente sabio para saber, cuando tiene una suficiencia. Oh Señor, ¿a quién vamos a creer, a estos mundanos o a ti? Si nos engañas, ¿por qué nos amenazas con castigos, si no te hacemos caso? Y si el mundo es engañoso, ¿no huiremos de él para unirnos a ti?

"La soberbia es un gran pecado" aun entre estos mundanos, por cuanto los excesos externos de la misma, pueden obstruir el camino a muchas terminaciones ambiciosas de la vista, y sus agitaciones internas son la destrucción de esa paz, a la cual aspira aun el amor propio, además, la frecuente extravagancia de sus movimientos puede no sólo ser perjudicial para la salud, sino también acortar la vida. Y, por lo tanto, no es de extrañar que se opongan a ello, "No seas demasiado impío, ¿por qué has de morir antes de tiempo?" Por esta razón, consideran que una pequeña mezcla de humildad no sólo es encomiable, sino incluso necesaria para combatir las extravagantes locuras de un orgullo autoritario. Pero entonces un grado superlativo de humildad, es decir, humildad libre de la menor tintura de orgullo o vanidad, lo cual es lo mismo para ellos, como "una humildad demasiado tensa, es una falta tanto como una locura", porque, en verdad, es un expediente para el propio goce del mundo y sus placeres, "Todos los cristianos deben tener que ver con algunas vanidades, o de lo contrario deben necesariamente salir del mundo, porque el mundo mismo es todo vanidad".

Por lo tanto, no es nada sorprendente, hermanos míos, ver a un hombre de esta mentalidad haciendo una vana ostentación (acto de ostentación, exhibición) de su poca relación superficial con los antiguos griegos y romanos. ¿Qué es esto sino actuar conforme a su propio principio, que "todos los cristianos deben tener algo que ver con algunas vanidades"? ¿Y nos asombraremos de oír a tal persona preferir sus escritos a los de un apóstol, ¿O te asombrarás de verlo herir al apóstol con burlas, (burla de buena voluntad) a su costado, por querer conocer nada más que a Jesucristo, y éste crucificado? No, para él es congruencia reírse y reprenderte por la perfección de la justicia, la cual, por mucho que juegue con los términos, es para él lo mismo que ser justo en exceso, pero sería incoherencia contigo, que no deberías saber diferenciar entre ser justo y vivir en un deseo perpetuo y habitual de serlo superlativamente. No es más de lo que deberías esperar escuchar a tales defensores del mundo clamarte, "No seáis justos en exceso, ¿por qué debéis destruirnos a vosotros mismos?" Pero, oh Señor, ciertamente esta no es la misma voz que nos dice que si no nos humillamos como niños, no entraremos en el reino de los cielos, y ¡que allí es mayor el que más se humilla como un niño! Pero, ¿qué no avanzarán los hombres que están ebrios de pasión e intoxicados de amor propio?

"El vicio de la intemperancia al comer y beber es evidente para todos", reconocen. Y, por lo tanto, lo abandonan como un exceso que no puede menos que deteriorar la salud y acortar la vida, es más, ahoga el mismo placer en comer y beber. Por lo tanto, todo libertino refinado exclamará contra ella con el Dr. Trapp, "No seas demasiado malvado, ¿por qué deberías destruirte a ti mismo?" Se requiere poca sobriedad, dicen ellos, para darle gusto al lujo y a los placeres mundanos. Pero demasiado de eso es demasiado, "comer nada más que pan y hierbas, y beber nada más que agua, a menos que haya una razón particular para ello (como tal vez el Doctor Cheyne puede asignar) es una locura en el mejor de los casos (es decir, incluso aunque se haga por causa de Cristo), por lo tanto, ninguna virtud, "No seas, pues, demasiado justo, ¿por qué has de destruirte a ti mismo?" Y si respondieses a esos hombres de mente carnal con las palabras del apóstol, Rom. 8, "Deudores somos, no a la carne, a vivir conforme a la carne, porque si vivimos conforme a la carne moriremos, más si por el espíritu mortificamos las obras de la carne, viviremos". Si les contestáis así, os dirán, esto es enseñar como doctrinas, mandamientos de hombres". Y de poco servirá responderles con lo que San Pablo dice en otro lugar (Rom 14:17) "El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo", no se sonrojarán al decirte que "nuestro bendito Salvador vino comiendo y bebiendo, e hizo un milagro para producir viento (en un entretenimiento) cuando es evidente que se había bebido más de lo necesario". ¡Hasta tales extremos apremia el amor al mundo a estos mundanos que se aman a sí mismos y se divierten! Háblales de la abnegación, no te escucharán, es una usurpación de los placeres de la vida, y puede acortarla en unos pocos días, que nunca estás seguro de poseer, es ser "justo en exceso, ¿por qué has de destruirte a ti mismo?" Jesús, dirán, nos dice (Juan 12,25) "El que ama su vida, la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, para la vida eterna la guardará". Pero esto y similares, te informarán, "son frases hiperbólicas". Ahora bien, qué significa tener en cuenta a Jesús, cuando habla hiperbólicamente, es decir, habla más de lo estrictamente cierto. Sin embargo, oh Señor Jesús, concédenos que te tengamos en cuenta, digan lo que digan estos mundanos, ¡Recuérdanos que, si alguno quiere venir en pos de ti, debe negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirte! ¡Oh, cuán grande es para el alma tomar la cruz de Cristo y seguirlo!

Pero vosotros sois acusados, amados amantes de la justicia perfecta, de extravagancias. No permites "ningún tipo de recreación o diversión, nada sino una universal mortificación y abnegación, ningún placer, sino sólo de la religión, Tu enseñas que "los apetitos corporales no deben ser satisfechos en el más mínimo grado, más allá de lo absolutamente necesario para mantener el cuerpo y el alma juntos, y la humanidad en existencia, No se deben hacer concesiones para la melancolía, desgracias o enfermedades humanas, el dolor debe curarse solo con la oración", (un agravio horrible es esto, para aquellos que piensan que la oración es una carga en el mejor de los casos) "Desviarla por diversiones mundanas es carnal".

Una carga pesada este, pero si se deja, debería parecerlo solo a aquellas personas carnales, que están resueltas a ceder a sus apetitos carnales, lo que vosotros consideraríais aconsejable solamente, estos pervertidores de la verdad insinúan que vosotros lo consideraréis como deberes indispensables. Y para que la prevaricación no falle, se deben poner en tu cuenta francas falsedades, "de modo que gustar una fruta agradable u oler una rosa, debe ser ilegal para ti", aunque lo repudies. Pero, oh, mis amados cristianos, no os desaniméis de la búsqueda de la justicia perfecta por estas o tales viles tergiversaciones, porque "Bienaventurados seréis cuando los hombres os vituperen, y digan toda clase de mal contra vosotros falsamente por causa de Cristo Jesús. Gozaos y alegraos en gran manera, porque vuestro galardón es grande en los cielos, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros", entonces, puede ser suficiente para mostrar claramente con qué puntos de vista peligrosos los hombres de mentalidad mundana, a quienes Salomón personifica en el texto que tenemos ante nosotros, ponen sitio a vuestras almas en discursos justos. Lo que he dicho, es suficiente para convencerte, que su carácter es el de la bestia, a quien San Juan, en el Apocalipsis, "vio subir del mar (esto es, el mundo flagrante pecaminoso, ilegal, inicuo) con siete cabezas." ¿Y qué diremos de un hombre, un clérigo, que enseña y es abogado de sus perversas doctrinas? ¿No podemos, es más, no debemos, para la gloria de Dios y vuestro bien, informaros que él es un "Maestro y aprobador de las máximas mundanas"? ¿No puedo, no, no debo, daros esta advertencia con el predicador real: "Cuando habla bien, no le creáis, porque hay siete abominaciones en su corazón?" Pero ¡cuán diferente es el carácter que os he dado, del carácter de las personas a quienes se dirige el texto en consideración! Es decir, el carácter de todos los que, como tú, están decididos a no descansar nunca, hasta que descansen en Cristo Jesús. Para mostrar esto, pasaré ahora a mi tercer punto.

3. ¿A qué clase de personas se dirige Salomón en el carácter de un mundano, cuando dice, "No seas justo en exceso, ni te hagas demasiado sabio, ¿por qué has de destruirte a ti mismo?" No a los malvados, está claro, porque además de que hubiera sido una precaución innecesaria, se dirige a ellos en el versículo siguiente con otra clase de advertencia, que sin embargo tiene alguna analogía con esta. "No seas demasiado malvado, ni seas insensato, ¿por qué has de morir antes de tiempo?" ¿Fue entonces a los justos, de una manera común, es decir, a los que se contentan con la observancia de los elementos esenciales absolutos de las leyes de Dios? Seguramente nuestros adversarios no permitirán esto, a menos que sean de la opinión de que ser justo en algo es ser justo en exceso. Y, sin embargo, no puede suponerse que las personas a las que se habla sean hombres perfectamente justos, ya que, como os probé, en la introducción de este discurso, hasta que lleguemos a la perfección de nuestro Padre celestial, nunca podremos ser suficientemente justos, y mucho menos perfectamente justos, por lo que, como en esta vida, los hombres no pueden llegar a la perfección de su padre celestial, se sigue por supuesto que las personas aquí mencionadas, no pueden ser hombres perfectamente justos, no existiendo tales hombres, porque como dice San Juan, "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros".

Oh Señor, ¿cuándo seremos librados de este cuerpo de muerte?

Queda claro que las personas a las que se habla en el texto son sólo aquellas que persisten en una firme adherencia a todas las leyes esenciales de Dios, no se contentan con la práctica de las virtudes comunes en un grado común, sino que viven en un hábito perpetuo de deseos, luchas y anhelos hacia una unión íntima con Cristo, la perfección de la justicia. No son del número de los justos con indiferencia, que de buena gana unirían el servicio de Dios y de Mamón, que de buena gana tendrían a Cristo y al mundo por amos, y vacilando entre dos, como los hijos de Israel de antaño, con sus rostros al cielo, y su corazón a la tierra, no son ni fríos ni calientes. ¡Ay, si fueran fríos o calientes! Pero "porque son tibios, y no fríos ni calientes, el Señor los vomitará de su boca".

No así las personas a las que se habla en mi texto, no así tú, oh amado en Dios, que, habiendo sacudido el mundo y el afecto mundano, para correr más velozmente tras la justicia, aborreced vuestra propia vida por causa de Cristo. ¡Dichosos, felices todos vosotros, que os vestís de nuestro Señor Jesús, y con Él del hombre nuevo! "Vosotros sois la verdadera circuncisión, los que adoráis a Dios en espíritu, y os alegráis en Cristo Jesús, y no confiáis en la carne".

¡Qué maravilla entonces, cristianos! A vosotros os hablo, todos vosotros amadores y luchadores por la perfecta justicia de vuestro divino Maestro Cristo, ¿Qué tiene de extraño que estéis cargados de entusiasmo, de necedad, de fanatismo y de locura? ¿No eran así antes de vosotros los apóstoles, cuando predicaban a Cristo Jesús? ¿No tenían fama de estar borrachos por el vino? ¿Puedes asombrarte de esto en una época, "cuando abunda toda clase de vicios hasta un grado casi inaudito", cuando la tierra está llena de adúlteros, y debido a los juramentos la tierra está de luto? ¡Oh, cómo se ha convertido en ramera la ciudad fiel! Mi corazón dentro de mí está quebrantado, a causa del clero, todos mis huesos tiemblan. Soy como un borracho, y como un hombre a quien el vino ha vencido, por el Señor, y por las palabras de su santidad, pervertidas por este clérigo engañado.

Cuando el clero, a quien Cristo ha designado para enseñar a su pueblo a "andar delante de él y ser perfecto", se convierte en maestro de máximas mundanas, ¿qué se puede esperar de los laicos? Es notorio, que, por la iniquidad moralizadora del sacerdote, la tierra se enluta. Han predicado y vivido muchas personas sinceras fuera de la iglesia de Inglaterra. Procuran hacerte vano, (como lo hicieron los profetas en el día de Jeremías) hablan visión de su propia boca, y no de la boca del Señor. En una palabra, "tanto el profeta como el sacerdote son profanos, y hacen iniquidad en la misma casa del Señor." Es más, todavía dicen a los que desprecian al Señor, El Señor ha dicho, paz tendréis, y dicen a cualquiera que anda tras la imaginación de su propio corazón, ningún mal vendrá sobre ti.

Tal es el lenguaje, mis amados amantes de la perfección cristiana, que el clero de la iglesia de Inglaterra, indolente, terrenal y amante de los placeres, usa para fortalecer las manos de los malhechores, para que ninguno pueda volverse de su maldad. Tal es la doctrina del teólogo erudito en letras, que ha mojado su pluma en hiel, para desacreditar la justicia perfecta, y engañarte de ella, con una aplicación falsa de ese texto tan mal entendido por él, "No seáis justos en exceso, ni seas demasiado sabio, ¿por qué has de destruirte a ti mismo?" Pero no se dejen engañar por él, hermanos míos cristianos, porque como ya os he mostrado, está groseramente (quiera Dios que no sea maliciosamente) equivocado en su manera de explicar este texto, y lejos de aplicarlo correctamente de acuerdo con la intención del sabio y experimentado Salomón, actúa como un libertino vanidoso, lleno de amor propio y deseos terrenales, a quien Salomón sólo personifica para ridiculizar. Pero el doctor, al darse cuenta de que el carácter es él mismo, se convierte en el maestro y aprobador de las máximas mundanas, que él aplica a ustedes, con el propósito de destruir en ustedes los anhelos de la justicia perfecta en Cristo. ¿No puedo entonces, es más, no debo advertiros, amados míos, que este hombre es enemigo de la justicia perfecta en los hombres por medio de Cristo Jesús, y, por lo tanto, no es amigo de Cristo? ¡Oh, que mi cabeza fuera un océano, y mis ojos fuentes de lágrimas, para llorar día y noche por esta pobre criatura, este clérigo encapuchado!

Oren, oh verdaderos cristianos, oren y suspiren poderosamente al Señor, importúnelo en favor de este pastor descarriado, oren para que se digne abrir los ojos y toque el corazón obstinado de este escriba, para que pueda ser mejor instruido. De lo contrario, como dijo el Señor por boca de su verdadero profeta Jeremías, "He aquí, yo le daré de comer ajeno, y le haré beber agua de hiel, porque de él ha salido la profanación a toda la tierra."

Este bien, sin embargo, lo ha hecho al intentar mostrar la locura, el pecado y el peligro de lo que él llama erróneamente ser demasiado justo, es decir, ser superlativamente justo, en el deseo y las luchas habituales, por eso me ha dado la ocasión de mostraros, hermanos, en el curso de este sermón, la gran y real locura, el pecado y el peligro de no ser suficientemente justos, lo cual, tal vez, nunca hubiera pensado en hacer, si esta falsa doctrina no me hubiera señalado la necesidad de hacerlo. Así, la sabia providencia de Dios se sirve de los mismos vicios de los hombres para sacar el bien del mal, y eligen sus propios errores para confundir la falsedad y dar paso a la verdad. Aunque esto sea más de lo que pretendía nuestro airado adversario, sin embargo, Señor, recompénsalo de acuerdo con sus obras, y no permitas que se apresure en sus palabras, para que tengamos lugar para albergar mejores esperanzas en él para el futuro.

¡Bendito sea Dios por enviaros mejores guías! Estoy convencido de que fue Su voluntad divina, que nuestro querido prójimo, el doctor Trapp, cayendo en tales errores, ha dado un golpe tan grande a la sana religión de la perfección cristiana, que a menos que yo me hubiera opuesto a él, en verdad creo que todo el rebaño quien escuchara su doctrina, habría sido esparcido como ovejas que no tienen pastor.

“Pero ¡ay de vosotros, escribas y fariseos! ¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi prado, dice el Señor!”.

Muy bien sé que este sermón no será del agrado de mi pobre adversario malhumorado, pero la corrección no es para el placer sino para el provecho, pocos niños pueden ser llevados voluntariamente a besar la vara que los reprende, aunque, cuando adquieran un entendimiento más maduro, bendecirán la mano que los guió. Así este hombre enojado, confío, me dará las gracias un día por reprenderlo, cuando su razón le será devuelta por la luz del Espíritu Santo. Oh Señor, concédele esta luz, y permítele ver con qué entrañas de piedad y ternura lo amo en ti, incluso mientras lo castigo.

Tampoco soy insensible, hermanos, cuán ofensivas serán mis palabras para los mundanos en general, que amando más la mentira que la verdad, y la carne antes que el espíritu, todavía preferirán las doctrinas del doctor que suavizan el pecado a las verdades claras del evangelio predicadas por mí. ¡Oh, cómo mi alma se compadece de ellos! Pero he cumplido con mi deber, me lavo las manos y soy inocente de la sangre de todos. No he luchado para complacer a mis oyentes, sino que he dicho la pura verdad, aunque ofenda. Porque cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado pérdida por amor de Cristo, y espero que así sea siempre. No es que pretenda crearme ya perfecto, pero “prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”.

Ninguno de nosotros, como antes les dije, puede jactarse de haber alcanzado la cima de la perfección, aunque, él es el más cercano a ella, el que está más alejado de los apetitos de la carne, y el que está en lo más alto es quien está más bajo en su propia estima, por lo tanto, todos los que hemos hecho avances hacia Cristo y su reino, “a los que ya hemos llegado, caminemos por la misma regla, pensemos en lo mismo”.

Así que, hermanos, no andéis según los caminos del mundo, sino sed imitadores de Cristo junto conmigo. Y si alguno, aun un ángel de luz, se cruce para enseñaros otro evangelio diferente del que aquí os he enseñado, sea anatema. “Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que solo piensan en lo terrenal.

Más nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas”, sí, incluso el obstinado corazón de nuestro perverso adversario.

Que Dios, de su infinita misericordia, misericordia concedida por Jesucristo nuestro Señor, a quien con el Padre y el Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios, sean atribuidos, como es muy debido, todo honor y alabanza, poder, majestad y dominio, ahora y por siempre. Amén.

EstudiaLaPalabra.org